

LA LENGUA COMO ÓRGANO DE RESISTENCIA

Autor: Enrique Tenenbaum

DI POESIA E DI PSICOANALISI: L'INDICIBILE SOTTRATTO AL NULLA

Encuentro en Milano, 10 de junio de 2017

El título de este Coloquio nos invita a participar bajo el cielo de un título sugestivo: lo indecible sustraído a la nada, un título que hace resonar las fibras más sensibles de los efectos de la palabra, tanto los de la poesía como los del psicoanálisis; estas prácticas se enmarcan en lo que llamo una asociación ilícita, puesto que fuerzan la lengua de un modo tal que la hacen funcionar en una dimensión que no es la del discurso corriente, y por lo tanto producen efectos, cuando lo consiguen, que no son nada corrientes; me refiero al efecto poético tanto como al efecto interpretativo.

Tienen en común estas dos prácticas el hecho de que no toman al lenguaje como un instrumento para comunicar sino, como lo afirmara Benveniste, como algo que es necesario para vivir. Habitar poéticamente la lengua es un horizonte: “poéticamente ... habita el hombre... en esta tierra”, Hölderlin escribió alguna vez. No voy a extenderme en esto, sino que lo ubico como la escenografía de mi exposición de hoy.

Quisiera comenzar señalando que, a diferencia de la creación divina, nuestra creación -y permítanme los poetas que los incluya en un nosotros- nuestra creación no es ex-nihilo, no creamos a partir de la nada, sino que para crear nos servimos de la palabra. Y ni siquiera la utilizamos para crear, sino que la palabra es la creadora: es la palabra la que ostenta ese poder creador de significaciones y sentidos renovadamente inesperados, y esto por una razón que trataré de explicar enseguida.

La palabra crea efectos, ¿quién podría dudarlos? Los crea cuando impacta poéticamente, amorosamente, o cruelmente. Pero estos efectos, cuando queremos cernirlos, tomarlos, apropiarnos de ellos, esos efectos se nos escapan. Dejan huellas, claro, pero igual se nos escapan. ¿Cuál es la razón por la cual la palabra tiene tal efecto, si no produce un objeto aprehensible que la haga perdurar?

El efecto que la palabra produce contornea un vacío, un vacío en el que nada sensible podría ser agarrado, no podemos apropiarnos de ese efecto. El efecto es efecto de una función, y se escapa desde su producción misma, puesto que - como toda función- es inaprehensible. Pero en ese contorno de un vacío se dibuja un recorrido, un recorrido que, cuando el efecto es logrado, recorta un agujero, un agujero que se repite cada vez que repetimos las palabras del poema, las palabras de amor, las palabras de crueldad.

Ese agujero implica ya una operación sobre el vacío, el vacío queda así recortado por un efecto de agujero, un agujero como los agujeros negros de los científicos, que chupan, absorben, hacen desaparecer toda sustancia. ¿Quién no tiene o

ha tenido alguna vez la experiencia de la atracción irresistible que producen estos efectos de las palabras, las del poema, las del amor, las del odio?

Y aun así queremos, intentamos, a veces hasta la obstinación, resistir a esa captura incoercible de los agujeros. Y aun cuando sabemos que a esos agujeros nada los tapa. El nombre del objeto que está destinado a tapar esos agujeros se llama nada. Nada tapa esos agujeros.

Como se aprecia, espero, la potencia creadora de la palabra interviene sobre un vacío, y produce un agujero que sólo la nada como objeto podría tapar. No partimos nosotros de la nada, sino que la nada es nuestro punto de llegada.

*

Quisiera ahora poner el énfasis en que la palabra, como tal, entendida como la palabra dicha, implicada en el acto de decir, tiene una función y tiene un lugar. Tiene una función en el campo del lenguaje, del lenguaje de los llamados humanos, y también tiene un lugar en la lengua, en las lenguas que se habitan.

Destaco entonces que, para mí, el lenguaje es esa estructura gramatical que nos parasita, que nos sujeta según sus coerciones, es el que da forma y materia a l'inconsciente; el lenguaje es un sistema de signos y reglas de composición que, a diferencia del lenguaje de los animales, promueve tanto el equívoco como la polisemia. Y esto es así por cuanto el lenguaje es insuficiente para cubrir el campo del decir, ya que el decir, y sobre todo el poético, escapa a las normas establecidas; el decir poético tanto como la producción inconsciente subvierten lo dado, lo acordado, lo esperado. Y en esa subversión, entendida como una escapatoria de lo normativo, engendran nuevas significaciones, nuevos sentidos, nuevos objetos.

La lengua, en cambio, es para mí aquello que se habita, esa casa que habita el hablante y que le ha sido donada en principio por su madre, lo que se llama la lengua madre o lengua materna, aquella que hablan los niños antes de aprender la gramática. Dante Alighieri hace esta precisión en *De vulgari eloquentia*; el lenguaje en tanto normativizante opera, interviene, normaliza la lengua que ha sido donada y transmitida. Si la lengua es en su origen materna, el lenguaje es propiamente paterno.

La lengua entonces es entonces el sitio en el que se imprimen los primeros balbuceos, los primeros sonidos familiares, los ritmos de infancia, el despertar de los júbilos que regala el arte de hablar. La lengua es al oficio de lo lúdico como el lenguaje es al orden y la coherencia.

De tal manera que, si el hablar equivoca por el lenguaje, porque el lenguaje es una normativa siempre desbordada por ese hablar, la lengua -afirmaba Lacan- es la integral de los equívocos permitidos por lo que se ha impreso en su historia. Es por eso que en cada lengua el equívoco resuena de modo singular, y es por eso que el oficio de traductor siempre traiciona, que el chiste -que se sostiene en la función del equívoco-

requiere que se comparta una lengua en común para que logre su efecto de ganancia de placer.

La lengua entonces, así concebida, escrita de corrido: *lalengua*, para cada hablante, es también en la comunidad el territorio de lo más propio, de lo más familiar, de lo que se tiene en común, es lo que comparte entre la familia, los vecinos, los grupos, la ciudad, el país. Es habitando la lengua que habitamos nuestro país, y es por ella que reconocemos no sólo la procedencia de quien habla, sino el grado de consecuencia que implica para cada cual el resguardo de una lengua que podría llamarse, reconocerse como “propia”.

*

En el libro de Svetlana Alexievitch intitulado *Voces de Chernóbil*, la autora, ganadora del premio Nobel de literatura en 2015, relata un episodio narrado en una entrevista, y que tomaremos como apólogo. Se trata de que tras la explosión de la central nuclear unos pescadores, desorientados por la explosión, removían la arena del borde del río para recoger las lombrices que utilizaban de carnada, como hacían todos los días de su vida y a lo largo de incontables generaciones. Pero ahora las lombrices no aparecían, ellos cavaban y cavaban, pero las lombrices estaban aun más enterradas, cada vez más lejos. Las lombrices sabían, si así pudiera decirse, lo que tenían que hacer: tenían que ponerse a resguardo, a la mayor profundidad posible, de los efectos de la radiación.

Pero los pescadores, los pescadores no sabían qué hacer. Nadie se los había dicho, nadie se los decía. Esperaban que por la radio pusieran palabras a su desconcierto, que nombraran con palabras lo que estaban viviendo. Pero no ocurría así: no había palabras para narrar lo que allí ocurría, la emergencia de un nuevo real, el real de la emisión radioactiva que engendraría radionucleótidos que persistirán en el cosmos seguramente más tiempo que la vida humana.

La lengua no alcanzaba, no había registros en la lengua que hablaban, ni la de ellos ni la de sus antecesores, de una palabra que pusiera nombre al nuevo real. Eso que ocurría era indecible en el sentido más estricto del término: no había palabras para decirlo. Es entonces también la lengua un órgano afectado por la radioactividad: la lengua es agujereada, dañada, y no tiene cómo responder, cómo reponerse de esa injuria que la ataca. Por eso llamo a la lengua órgano de resistencia.

*

En tiempos de la dictadura de Franco en España se había prohibido la enseñanza de las lenguas regionales en las escuelas. Ni siquiera se podía enseñar el gallego, que era la lengua que Franco aprendió cuando niño. Las lenguas de cada provincia, el catalán, el vasco, el andaluz entre otras, habrían de ceder su lugar como lengua oficial al castellano, el que quedó por decreto identificado como lengua española. Esa

problemática aún subsiste en los movimientos separatistas que ponen a la lengua en el primer plano de la política.

Es que la pretendida globalización -en términos actuales- no podrá ser total, completa, mientras no haya globalización de la lengua, mientras no domine una lengua única, la lengua del imperio, la del imperio de turno. Una política de globalización requiere de una lengua unificada, que se entienda sin equívocos en todo el planeta, ya que si el equívoco subsiste es imposible asegurarse que una orden sea entendida. La lengua del Tercer Reich -como lo escribiera Klemperer- era lo suficientemente elemental y monocorde para evitar cualquier malentendido. Una orden no podría ser ambigua, una orden no debe interpretarse: debe obedecerse.

Concluyo entonces subrayando que tanto la poesía como el psicoanálisis, en el acto de sostener lo subversivo de su práctica, hacen de la lengua un órgano de resistencia contra la dominación política, la de cualquier color, siendo que la lengua es, también, lo que el dominador intenta dominar en el vencido. El dominador quiere que el dominado entregue lo que le es más propio: su lengua.

¿Quién, sino un poeta un poeta mayor como lo es Paul Celan, lo diría con mayor precisión? En ocasión de recibir de recibir un premio de literatura en la ciudad de Bremen, dijo en su alocución: “accesible, próxima y no perdida permaneció, en medio de todas las pérdidas, una sola cosa: la lengua. Si, la lengua no se perdió, pese a todo. Pero tuvo que pasar entonces a través de la propia falta de respuesta, a través de un terrible enmudecimiento, pasar a través de las múltiples tinieblas de un discurso mortífero -...- en esa lengua he intentado escribir poemas en aquellos años y en los posteriores, para hablar para orientarme, para averiguar dónde me encontraba y a dónde ir...”

Por eso, porque para resistir tenemos la lengua, y para que la lengua resista, hablo en mi lengua.